

Sexto Domingo de Pascua A2020

Los discípulos que huyeron de la persecución y encontraron refugio en otras ciudades del Imperio Romano habían hecho un trabajo tremendo a través de su enseñanza y trajeron a la Iglesia personas de diferentes orígenes y culturas. Es así que debido a la enseñanza de Felipe mucha gente de Samaria creyó en Jesús y entró a la Iglesia.

Cuando los apóstoles en Jerusalén escucharon la noticia de la conversión de los gentiles, todos se regocijaron. Por eso, enviaron a Pedro y Juan para visitarlos y por que recibieran el Espíritu Santo.

Al visitar a estos recién bautizados, Pedro y Juan muestran que la Iglesia madre en Jerusalén mantiene el vínculo de unidad con las nuevas Iglesias nacidas del trabajo de los discípulos dispersos.

Este episodio nos enseña que se pueden formar nuevas comunidades donde que alguien proclame la palabra de Jesús; pero no pueden crecer independientemente de la Iglesia madre. Los que son nuevos deben guardarse en comunión con la Iglesia universal. Nos enseña también que la Iglesia es el cuerpo de Cristo; Se compone de personas de diferentes naciones y diferentes orígenes. Pero, todos son un solo pueblo en Jesucristo.

Lo que nos une a todos a pesar de nuestras diferencias es nuestra fe en Jesucristo a través del poder del Espíritu Santo. Es por eso que cuando Pedro y Juan fueron enviados desde Jerusalén a los gentiles, lo primero que hicieron fue rezar por los recién bautizados para que también recibieran el Espíritu Santo como los otros apóstoles.

Recibir el Espíritu Santo y ser confirmado como discípulo de Jesús no significa necesariamente estar protegido contra el sufrimiento. Ser un discípulo, de hecho, es seguir en los pasos de Jesús al aceptar el sufrimiento por el reino de Dios. Eso es lo que Pedro destaca con fuerza en la segunda lectura.

Este es el desafío que tenemos hoy, porque el sufrimiento tiende a hacernos amargados, odiosos y vengativos. Sea que sea nuestro sufrimiento, siempre tenemos que santificar a Cristo en nuestros corazones e imitarlo. Por esta razón, tenemos que sufrir sin buscar venganza, porque mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal.

En este tiempo difícil de Coronavirus, el sufrimiento que vemos en el mundo y a nuestro alrededor, a través de los amigos y familiares, puede hacernos dudar del amor de Dios y de su plan providencial para nosotros. Pero, este momento difícil puede ser también un tiempo de testimonio, en el cual podemos hacer nuestras las palabras de San Pablo, cuando dice: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso las pruebas, la aflicción, la persecución, el hambre, la falta de todo, los peligros o la espada? (...) Ya sean del cielo o de los abismos, ni ninguna otra creatura podrán apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor "(8: 35, 39).

Por otro parte, siempre debemos estar listos para dar una explicación al que nos haga una pregunta sobre nuestra fe en Jesucristo. Pero, ¿Cómo podemos hacerlo si no sabemos nada de nuestra fe? Aquí hay una obligación por cada uno saber más a fin de defender nuestra fe contra sus detractores.

Nunca debemos olvidar que nadie les da a los demás lo que no tiene. El que es rico da de su riqueza; el que es pobre da de su pobreza. Y, sin embargo, Jesús nos da a todos la misma oportunidad de conocerlo y convertirnos en su testigo. Todo depende de nosotros y

de lo que hacemos con la palabra que Jesús nos da en la Biblia. Conocer y estar informados acerca de nuestra fe es un gran testimonio que podemos dar a nuestro discipulado hoy.

En esta perspectiva, podemos decir que hoy la ignorancia no está permitida. Declaraciones gratuitas sin suficiente conocimiento y afirmaciones sin saber de qué estamos hablando sobre nuestra fe son peligrosas. Es una pena que este sea el modo en que algunas personas han elegido de vivir. Repiten incuestionablemente lo que se les dijo sin discernimiento. Este es el momento de rendir cuentas por nuestra fe. Tenemos el derecho a saber y a estar informados.

No es que queramos mostrar a otros nuestro conocimiento o ser arrogantes, pero es un deber que tenemos que cumplir por la viabilidad de nuestra fe. No es que tengamos que estar orgullosos de nuestro conocimiento, sino que tenemos que hacer todo con humildad y modestia para la gloria de Dios.

Hacemos todo esto a causa del amor de Jesús. De hecho, el Evangelio de esta mañana habla del amor de Cristo que debe empujarnos a guardar sus mandamientos. El amor del que habla Jesús no tiene nada que ver con una emoción. Se trata de obediencia a él y sus mandamientos.

De hecho, como Jesús mostró su amor al obedecer a su Padre, así también mostraremos nuestro amor a Jesús al obedecerle. Por eso, es imposible decir que amamos a Jesús sin guardar sus mandamientos.

Por supuesto, el amor de Jesús no es fácil de vivir, como sabemos por experiencia. Pero, Jesús nos asegura que no nos dejará desamparados. Nos enviará otro Consolador que estará siempre con nosotros, el Espíritu de verdad. Su papel es de ayudarnos en tiempos de necesidad y problemas porque hagamos siempre la voluntad de Dios. El Espíritu Santo quita nuestras deficiencias y nos permite a seguir los pasos de Jesús.

Aunque el Espíritu Santo es importante, muchos descuidan su papel en nuestra vida; No escuchan sus incentivos. Cierran su corazón cuando nos da instrucciones para seguir los pasos de Jesús. El mundo hace casi lo mismo. El mundo aquí representa a todas estas personas que viven como si Dios no existiera. Como no aceptan a Dios, no aceptan nada relacionado con él, incluido el Espíritu Santo. Para cambiar esta desafortunada situación, deben obedecer a Jesús así como nosotros también debemos amar a Jesús. Una vez más, no hay amor a Jesús sin observar sus mandamientos.

Además, dada la relación íntima que existe entre Jesús y su Padre, se deduce que al amar a Jesús, su Padre nos amará. En consecuencia, Jesús se revelará a nosotros y vivirá en nosotros como él vive en su Padre. Oremos, entonces, para que Dios nos guíe en la obediencia completa de Jesús y a guardar sus mandamientos. Que Dios los bendiga a todos!

Hechos 8: 5-8, 14-17; 1 Pedro 3: 15-18; Juan 14: 15-21



Fecha de la Homilía: el 17 de Mayo, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200517homilia.pdf